

Unos cuernos, una anciana y una virgen

Era Carnaval cuando tuve mi primera visión. Acababa de cumplir 14 años cuando la virgen apareció en mi cuarto. No era como en las iglesias; vestía vaqueros, camisa de cuadros y llevaba una coleta. Aun así, flotaba y tenía un halo de luz. Me dijo:

—Escucha, Javier. Dios te ha elegido. Tienes una misión. Debes eliminar a los demonios de esta tierra.

—¡La virgen, qué dices! —grité.

—Tú los reconocerás. Se mostrarán con su verdadera cara.

Y desapareció. Me quedé estupefacto. Quizás se me había ido la cabeza de tanto estudiar.

El lunes vi a un demonio. No tenía cuernos ni tridente, sino falda de cuadros y gafas de botella. Era Lupita, la quiosquera. La de siempre, la que me regalaba piruletas. Pero ese día, al saludarla, vi en su frente una cruz negra invertida. Me quedé paralizado. Intenté disimular, pero la cruz seguía allí. Ella me miró, sonrió y me tendió una piruleta. La tomé y corrí a casa. Me tranquilicé pensando que era Carnaval, que quizá era maquillaje.

En el baño se me volvió a aparecer la virgen. Estaba meando. Siempre inoportuna. Del susto, oriné fuera.

—¡Javier! —dijo—. Dios te mostrará el arma. No mueren con armas humanas.

—Eso ya me lo dijiste —repliqué.

—Eres su soldado.

Pensé que estaba perdiendo la cabeza. Dudé si contárselo a mi padre o al psicólogo, pero opté por fumarme un porro que me había dado Dani. Esa noche dormí sin soñar con vírgenes.

Al día siguiente volví a ver a Lupita. La cruz seguía allí. Me asusté. ¿Estaba loco o era un elegido? Fui corriendo a casa. Mi padre buscaba algo en unas cajas. Entonces vi los cuernos de toro que usaba para disfrazarse. Un halo de luz los iluminaba. El aire se volvió denso. Mi cuerpo lo supo: esa era el arma sagrada. Dios me la ofrecía. Yo sería su mejor soldado.

Seguí a Lupita varios días. Forjé mi plan. Armado con los cuernos, me escondí en el rellano de su piso. Cuando abrió la puerta, me abalancé sobre ella y la empujé dentro. La miré a los ojos, a su cruz, y le arremetí con los cuernos: cabeza, cara, cuerpo... hasta que me cansé. Paré. Respiré. El charco de sangre cubría el suelo. Me cambié la camisa, guardé los cuernos y regresé a casa con la satisfacción del deber cumplido.

Esperaba que se me apareciera la virgen o que Dios me hablara. Nada ocurrió. Pero no me preocupó. Los jefes nunca agradecen al currito.

Pasaron días. La policía halló el cadáver tras la queja de un vecino por el olor. Los medios se hicieron eco del crimen, sobre todo del material pedófilo hallado en la casa. El barrio estuvo revolucionado un tiempo. Yo, con los exámenes, fui olvidando el asunto.

Hasta que, cenando con mi padre, me preguntó si había visto los cuernos de Carnaval. —No, ni idea —le mentí, mientras encendía la tele.

Sonreí. En la pantalla veía muchas cruces negras en frentes de gente. Tenía trabajo que hacer. Mi padre había puesto el debate del estado de la nación. Y Dios me había elegido. Tenía trabajo que hacer... y unos cuernos que afilar.

*“Y en los postreros días, dice Dios,
Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne,
y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán;
vuestros jóvenes verán visiones...”*

Versículo 16, Profecía de Joel.

Escrito en Madrid, Seudonimo Autor: El testigo.